



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 14

La paga

Mientras tomaba su habitual café durante el desayuno, Dayu encendió el PC para comprobar el correo y su Facebook. En este último tenía bastantes notificaciones. Era una cara conocida gracias a sus heroicos actos, así como por su trabajo como modelo publicitario, y estaba comenzando a tener admiradoras y algún que otro admirador. Leyó con una sonrisa de orgullo y satisfacción lo que le escribían.

"[...] a mi príncipe gótico, guapo y sexy ricote... [...]" sabakunomapy

"Te quiero mi amor, ¡eres increíble!" Michelle-kun

Y así muchas más, todo por poner fotos de él mismo, que era lo que más le gustaba hacer, exhibirse.

Abrió el correo e igualmente tenía lo que ya consideraba, cartas de sus fans. Entre ellas se encontraba su última nómina de la agencia de publicidad. Abrió el archivo adjunto y casi escupe el café.

— Tiene que haber un maldito error... —se dijo para sí.

— ¿Por qué lo dices?

Dayu se dio media vuelta y observó a Seiya restregarse los ojos con la manga del pijama, a la vez que bostezaba, como lo haría un niño pequeño.

— Mira esto nene. Es la nómina de la agencia pero...

Ahora Seiya abrió mucho los ojos.

— Guau. ¿Eso es lo que has cobrado? Es mucho dinero.

— Demasiados ceros por unas fotos. Hablaré con mi jefa, hoy me toca nueva sesión.

— ¡Ah sí! Otra sesión para ese perfume ¿verdad? *Ángel*. Tiene gracia... —terminó diciendo divertido. Dayu sonrió a la vez que le removía el pelo con una gran mano.

Por variar un poco y ya que se puso su mejor kilt, en lugar de coger la moto, decidió tomar la línea Yamanote para acudir a la agencia, además el tráfico a esas horas era imposible, aunque fuese en moto tardaría más de lo habitual.

Al llegar a los torniquetes sonrió, hizo como que pasaba una tarjeta inexistente por el lector y las puertas se abrieron igualmente. Cualquier excusa era buena para emplear al menos un mínimo de su poder.

A pesar de todo el bullicio de la gente, si algo destacaba en el metro de Tokio era su limpieza, pues no había ni un maldito papel en suelo, ninguna colilla de cigarro, nada. Todo immaculado. Al llegar al andén no había mucha gente, señal de que el tren acababa de pasar. Echó un vistazo al móvil, iba bien de tiempo. Observó a su alrededor y enseguida vio en el andén de enfrente, en la pared, su propia cara. Era un anuncio enorme donde se le veía con gesto sensual anunciando aquel perfume. Aquello le hacía henchirse de orgullo y con el móvil en mano, se dispuso a sacar una fotografía para luego enseñársela a Seiya y los demás. Estaba encuadrando, mirando la pantalla, cuando observó que alguien se ponía justo delante, de espaldas a él, observando su anuncio. Parecía un chico, vestía ropa deportiva, de color negro y llevaba la capucha puesta, por lo que no podía verle. Dayu bajó el móvil y se quedó extrañado. Aquella persona se quedó un buen rato observando el anuncio y juraría que alzó la mano para tocar lo que era su cara cuando de repente llegó el tren y le tapó la visión.

— Mierda, pero que...

Entró deprisa en el vagón y llegó hasta la ventana para poder observarle, pero ya no había nadie, por lo que finalmente decidió sentarse. Tal como se quedó observando su rostro en el anuncio podría tratarse de algún fan, pero le seguía pareciendo extraño. Decidió intentar no darle más importancia y se fijó en la gente que había a su alrededor. El vagón estaba más vacío que de costumbre y eso no era muy normal a esa hora, además se percató de que todas eran mujeres.

— Un momento... —pensó.

Tras unos segundos cayó en la cuenta de que se había metido en el vagón de las chicas. Eran aquellos vagones especiales donde solo viajaban mujeres para no sufrir "las manos largas" que tenían algunos hombres. Bien es sabido por todo el mundo la fama de "pervertidos" que tenían los japoneses, por lo que idearon aquellos vagones con esa finalidad y así las mujeres que lo desearan viajaran más tranquilas.

Por suerte no eran muchas paradas y aunque pudo detectar la mirada de algunas colegialas, nadie le dijo nada. Su belleza andrógina le salvó de ser expulsado de un bolsazo o una patada.

Al llegar a la agencia, Dayu se dirigió directamente hacia el despacho de su jefa, la cual tenía un largo nombre imposible de pronunciar por lo que allí todo el mundo la llamaba Cachi. Golpeó la puerta antes de entrar.

— Pase. —anunció una voz decidida.

Cuando entró, Dayu observó que su jefa estaba atacada por el estrés, como era su costumbre. Tras un enorme escritorio lleno de papeles había una mujer de treinta y tantos, voluptuosa, de piel morena y largo cabello rubio. Tenía el teléfono apoyado en el hombro a la vez que revisaba unos papeles.

— Si querido... no te preocupes... intentaré llegar para la cena... sí, sí... yo también te quiero...

Hablaba con su esposo. Dayu se fijó entonces en la pequeña foto enmarcada que su jefa tenía en la mesa. En ella se veía a un atractivo joven con el cabello corto y pelirrojo. Su mirada era parecida a la suya y lo único que sabía de él es que pasaba grandes temporadas en el desierto, criando cactus. Sobre el escritorio también había uno, redondo y con grandes espinas.

— Uf, disculpa Matsumura. Mi marido me llama a todas horas.

Dayu procuró no fijarse en exceso en el generoso escote de su jefa, quien llevaba una camisa entreabierta bajo una chaqueta de color fucsia.

— Hoy tienes sesión, ¿verdad? Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó sonriente.

— Aaamh... creo que en la nómina hay algún tipo de error, mire.

Extrañada, Cachi tomó el papel que le tendía y sonrió.

— No hay ningún error, ¿por qué lo preguntas querido?

— Bueno, es que es mucho.

La mujer se levantó, y sin perder la sonrisa comenzó a pasearse por el despacho.

— Dayu Matsumura, ¿sabes los ingresos que está recibiendo el cliente gracias a tu primer anuncio?

— Sinceramente, no.

— La marca ha incrementado sus ventas un noventa por ciento. Nunca he visto un cliente tan satisfecho con nuestro trabajo y eso querido, es gracias a ti y a tu bonito rostro. Es por eso que nos han solicitado una segunda campaña... —se acercó a él mientras le señalaba con el dedo— Quieren ver tu rostro en cada esquina, incluso en una de las pantallas del centro de Shibuya, ¿sabes lo que eso significa?

— Joder, ¿qué seré famoso?

— Más famoso, si cabe, ya mucha gente te conoce por aquel avión que salvaste en México. Y hay más...

— ¿Más?

— Van a comprar un spot publicitario, en la televisión, Matsumura.

Ahora Dayu abrió mucho los ojos.

— No me jodas... ¿en serio?

— Sí querido —dijo mientras le estrujaba la mandíbula. — Ahora se buen chico, no fastidies a tus compañeros y sal ahí a deslumbrar.

— Lo que usted diga. — dijo satisfecho y con una sonrisa de oreja a oreja.

En el estudio de fotografía ya estaba prácticamente todo preparado para tomar las instantáneas: focos y pantallas de luz, así como una gran lona negra que cubría la pared y parte del suelo.

El fotógrafo, un chico gay con bastante "pluma" se acercó a Dayu para darle instrucciones.

— Hoy te pondrás esto cariño —anunció triunfante mientras le mostraba unas pequeñas alas de color blanco con tiras que se ajustaban a la espalda. Dayu se carcajeó sin poder contenerse.

— Ni de coña... no pienso ponerme estas alas de pega y menos de ese color.

Aquello sí que resultaba irónico, él no necesitaba eso, por dios santo, él era un ángel de verdad. Comenzaron a discutirlo cuando se presentó su jefa. Estaba claro que con esas cosas se refería a "no fastidies a tus compañeros", pues bien era sabido que a Dayu no le gustaba recibir órdenes. Y ahora con más motivo podía negarse, él era la estrella.

— Pero si estarás monísimo... venga hombreeee. Cachi, a ti te hace caso, dile que se las ponga.

— A ver ¿qué problema tienes con las alas querido?

— Son blancas y pequeñas.

Aquello sonaba absurdo, si tan solo pudiera... se le ocurrió una brillante idea.

— Mirad —dijo de repente— Tengo... quiero decir, me he traído unas que son mejores que estas, si me dejáis ponérmelas y no os gustan, me pondré esta mariconada.

Su jefa se cruzó de brazos, apretó los labios pero luego se relajó.

— ¿Dónde las tienes?

Dayu señaló el vestuario.

— Tienes cinco minutos, pero si no me gusta lo que veo, te pondrás estas.

Satisfecho, Dayu se dio media vuelta para dirigirse al cuarto que estaba al lado.

— "Dentro de cinco minutos... se te cortará la respiración". —pensó.

Bien le hubiese gustado extender sus alas allí mismo, pero sabía que aquellas personas aún no estaban preparadas para eso, vivían felices en su ignorancia y de momento era mejor así.

El entrar, había un par de chicos riéndose con sendos cafés en sus manos.

— Largo.

Los chicos se le quedaron mirando con cara de fastidio, pero obedecieron. Dayu se aseguró de cerrar la puerta, se quitó la ropa para ponerse unos sencillos pantalones vaqueros desgastados y rotos. Su torso quedó desnudo, únicamente vestido con sus particulares llamas negras. Luego se soltó el pelo e inspiró. Sus inmensas alas de suave plumaje negro emergieron en un destello. Sonrió con perversidad mientras se contemplaba en el espejo.

— ¿Quieren un ángel? Lo tendrán.

Al salir, mantuvo sus alas ligeramente plegadas, no era conveniente moverlas mucho.

La reacción que él esperaba. Se hizo el más absoluto silencio en cuanto le vieron aparecer. Una chica, la maquilladora, se desmayó. Su jefa y el fotógrafo abrieron tanto la boca que podían lamer el suelo con la lengua. Nadie podía decir nada.

— Os recomiendo que cambiéis el color del fondo. — señaló Dayu.

Tras unos segundos en los que Cachi no parecía reaccionar, gritó.

— ¿A qué esperáis? ¡Ya le habéis oído! ¡Cambiar esa maldita lona por una blanca! ¡Enseguida! ¡YA!

— Espero que no te tiemble el pulso —soltó Dayu al fotógrafo que había dejado caer al suelo las alitas blancas de pega.

— Increíble... ¿cómo las llevas sujetas?

— Ah, ah, tú dedícate a tu trabajo que yo me dedicaré al mío. —dijo mientras le daba un par de cachetes en la mejilla.

Cuando todo estuvo dispuesto, Dayu se sentó en el suelo, con las manos apoyadas hacia adelante, ligeramente encorvado.

— ¿Puedes... esto...? ¿Se pueden desplegar más?

— Claro.

Dicho esto Dayu hizo como que intentaba separar más las alas con sus propias manos. Se abrieron aún más.

— Increíble, perfecto, quédate así, mira hacia ese lado y pon... ya sabes, esa mirada.

— ¿Y el maquillaje?

— No te hace falta —respondió Cachi— Además están intentando reanimar a la maquilladora. Querido la has hecho buena, tienes que decirme donde las venden.

— Las reparten en el cielo —bromeó.

No muy lejos de allí, en el antiguo apartamento de Dayu, Álex se disponía a prepararse algo de comer cuando tocaron en la puerta. Extrañado, tomó la pistola en sus manos y se acercó despacio para ver quién era. Observó por la mirilla y bajó el arma, respirando aliviado. Abrió.

Era la misma persona encapuchada que Dayu vio en el metro, contemplando su anuncio.

— ¿Qué haces aquí? ¿No será peligroso?

Sin responder, la persona cruzó el umbral con las manos metidas en los bolsillos, cabizbajo, no se quitó la capucha. Parecía no querer contemplar el entorno que le rodeaba.

— ¿Quieres tomar algo?

Se encogió de hombros y Álex fue a por un par de cervezas.

— ¿Ya se lo has dado? —preguntó al fin.

Álex sabía a lo que se refería, fue hasta una mochila que tenía en el suelo y sacó un libro de piel con las tapas negras, en el reverso había unas iniciales en un tono plateado: N.H.

— Aún no —respondió mientras se lo mostraba.

Aquella persona tomó el libro en sus manos y lo acarició.

— Es importante, aquí está la clave...

— No te preocupes, se lo daré cuando llegue el momento propicio, no puedo acercarme tan fácilmente, mis padres podrían sospechar y...

— No importa, hay que hacerlo, tiene que saber la verdad. Y con respecto a Saito... él tomará la decisión correcta.

— Ya pero Dayu creará que...

— Álex —le cortó— Tú estás aquí, ¿necesitas más pruebas?

Ahora el chico negó con la cabeza, pues sabía que él tenía razón. Bebieron juntos.

— Nunca me ha gustado la cerveza —dijo el desconocido.

Y antes de poder decir una palabra más, oyeron que alguien metía unas llaves en la cerradura de la puerta. Como activado por un resorte, el desconocido se fue hacia el dormitorio mientras Álex escondía su cerveza y le hacía señas para que guardase silencio.

— ¿Hola? Álex, ¿estás en casa?

Era Dayu.

— ¿Es que nunca llamas antes de entrar?

— Sigue siendo mi casa aunque estés aquí.

— No te esperaba, deberías haberme avisado.

— Sí bueno es que... te he traído algo, toma, imagino que lo necesitarás.

Le tendió un cheque con algo del dinero que acababa de cobrar de su suculenta nómina.

— Vaya, gracias...

Álex hizo una leve reverencia y Dayu chascó la lengua.

— No es para tanto, es lo menos que puedo hacer por ti.

Mientras tanto, en la habitación contigua, el desconocido se encontraba junto a la pared, sentado en el suelo. Se cogió de las rodillas y agachó la cabeza, temblando. Le comenzaron a rechinar los dientes y se tapó los oídos con las manos. No podía escuchar su voz, sencillamente, no podía.

—... Pienso darle a Seiya una sorpresa con este dinero que he ganado, ya me puedo imaginar su cara de felicidad... le voy a regalar los mismos pendientes, sé dónde encontrarlos. Pero no será lo único...

Ajeno a todo, Dayu siguió hablando como si nada hubiese cambiado. Pero al otro lado, alguien, con uñas negras y afiladas, comenzó a arañar la pared despacio, intentando contener todas las emociones que aquello le causaba y que creía haber encerrado en lo más hondo de su atormentado ser.